CAPITULO XXXI.

Proclama de Garibaldi á los italianos.—Contra proclama de Víctor Manuel.—Garibaldi en campaña.—Es atacado por el ejército realista en Aspromonte.—Es herido y hecho prisionero.—Recobra la libertad.—Se retira á Caprera.

Garibaldi abandonó su isla, y resuelto á proceder con la mayor actividad, dirigióse desde luego á Sicilia, teatro de sus mayores hazañas. El prefecto de Palermo no le recibió muy bien, pero como el gobierno parecia aprobar secretamente los planes del ex-dictador, este no hizo aprecio de las advertencias y prohibiciones de las autoridades.

A poco de haber llegado Garibaldi, espidió el prefecto de Palermo el siguiente manifiesto:

«Desde hace algun tiempo, parece que reina cierta agitacion en el espíritu público, y ha circulado el rumor de que el Gobierno no desaprueba la conducta de algunos hombres, que ha dado lugar á los últimos acontecimientos. El respeto á las leyes exigía que no se reprimieran muchos de sus actos con la fuerza, pero ahora que las reuniones para llamar al pueblo á las armas, van tomando cierto carácter militar, se hace preciso prohibirlas. Los ciudadanos no deben ol-

vidar esto, y yo aconsejo á los que se han dejado guiar por ciertas instigaciones, que vuelvan tranquilamente á sus casas, por que el Gobierno no puede renunciar á su mision ni permitir tampoco que ningun hombre, por muy querido que sea del país, usurpe las prerogativas de Víctor Manuel, el rey elegido por la nacion.»

Apesar de haber publicado este manifiesto, el prefecto no adoptó medida alguna para oponerse á la espedicion que se proyectaba.

El 2 de agosto, hallándose Garibaldi en la provincia de Corleone, espidió la siguiente proclama.

«HERMANOS DE HERMAS.»

«La sagrada causa de nuestro país nos vuelve á reunir de nuevo: sin preguntar adonde ibamos, y con la sonrisa en los labios, habeis marchado siempre á la lucha para combatir á los invasores, y ahora pido solo á la Providencia que sigais teniendo confianza en mí. No puedo ofreceros otra cosa sino trabajos y fatigas, pero os conozco bien y sé que no os faltará valor cuando llegue la hora del combate; solo os exijo que conserveis la disciplina, sin la cual no puede existir ejército alguno. Gracias á ella, consiguieron los romanos hacerse dueños del mundo: grangeaos el aprecio del pueblo como supísteis hacerlo en 1860, así como tambien la estimacion, del ejército, á fin de conseguir la perfecta union de nuestro país, y de este modo, habran contribuido los bravos sicilianos el engrandecimiento de la nacion.

«Garibaldi.»

El rey de Italia publicó en Turin con fecha 3 de agosto otra proclama que decia así:

«A mi pueblo.»

«Es muy sensible ver que precisamente cuando Europa elogia la conducta y sabiduria de la nacion, se dejen alucinar algunos jóvenes, y olvidando la gratitud que deben á nuestros mejores aliados, evoquen el nombre de Roma para encender la guerra. Cuando llegue la

hora para llevar á cabo la empresa, oireis la voz de vuestro rey, pero hasta entonces, cualquier otro llamamiento será la señal de la rebelion y de la guerra civil. La responsabilidad y el rigor de las leyes caerá sobre aquellos que no escuchen mis palabras, pues estoy resuelto á conservar la dignidad de la corona y de las cámaras á fin de tener el derecho de pedir justicia para Italia á toda la Europa.»

La proclama de Garibaldi y la contra-proclama de Víctor Manuel, causaron una profunda sensacion en todas partes, y sobre todo en Italia, habiendo dado lugar á que se promovieran ciertos debates en el Parlamento de Turin.

Cuando el diputado Ferrari pidió á Rattazi esplicaciones acerca de la conducta que pensaba observar el Gobierno respecto á la espedicion del ex-dictador, el primer ministro le contestó en estos términos:

«Pocas palabras me bastarán para satisfacer la pregunta de M. Ferrari, pues los hechos que han precedido á la proclama del rey, son harto conocidos del público, el cual no ignora tampoco que los alistamientos son cada vez mas considerables y se hacen por agentes que no están autorizados para ello. Era, no obstante, indispensable y urgente, que desapareciesen todas las dudas á fin de que la nacion pudiera oir la voz de su rey y de su Gobierno. Debo advertir á M. Ferrari que es la intencion del monarca contener á los imprudentes, mas ántes de recurrir á esos medios estremos de que dispone el Gobierno, hemos creido de nuestro deber dar un aviso á los que pudieran faltar á las leyes ó anteponerse á ellas. Hemos jurado la Constitucion y no hay razon alguna que pueda inducirnos á olvidar esto ó á permitir que se infrinja ninguno de sus artículos. El rey elegido por los sufragios de veinte y dos millones de habitantes, es el mas poderoso de la tierra, y nada debe temer; y si conservando la Constitucion hemos podido llegar al punto donde nos hallamos, justo es mantener el principio que ha convertido á nuestro país en lo que ahora es. E general Garibaldi no ha dado el reino á la casa de Saboya; no representa á Italia; no ha hecho mas que contribuir poderosamente á su formacion, y lo ha hecho así en virtud de su programa *¡Italia y Victor Manuel!* pero precisamente en virtud de este mérito, debe

Garibaldi obedecer las leyes. Si el general se aparta de la senda de la legalidad, si necesita hablar en nombre del país, y se empeña en comprometer con sus actos el bien estar de la nacion, será necesario aplicarle la ley. En cuanto á mí, estoy seguro que las palabras de Víctor Manuel, á quien siempre ha respetado, bastarán para convencerle de que no tiene derecho de hacer lo que hace, y creo por lo tanto que se evitará la guerra civil. Rechazo la idea de un golpe de estado pues debemos gobernar con arreglo á la ley, y nunca oireis de mis labios semejante proposicion; yo abrigo la esperanza de que serán escuchadas las palabras del soberano, pero si no fuese así, ¿desea por ventura el diputado Ferrari que se confie la suerte de Italia á un solo hombre, por grande que este séa?»

La contestacion de Rattazi á Ferrari fué recibida en la Cámara con aplausos, y despues de una corta discusion durante la cual se elogió al rey por sus enérgicas y nobles palabras, se pasó á la órden del dia. Que los representantes de la nacion confiasen de tal modo en el Gobierno mientras Garibaldi estaba en campaña, fué cosa que sorprendió á muchas personas en toda Europa, aun á las que vituperaban al ex-dictador y creian dispensable la conducta del ministro mientras el Emperador francés conservase la misma actitud.

¿Tenia motivos Garibaldi para suponer que el rey y sus ministros le estimulaban indirectamente? En este caso, su conducta era tan justificable como en su primera espedicion á Sicilia, y el caso es que despues de la campaña, la prensa y el Parlamento acusaron públicamente al ministerio de haber aparentado que le apoyaria, solo con el objeto de aniquilarle. Otros creen que el Gobierno trataba de favorecer la espedicion de Garibaldi, confiando en ciertas promesas ó indicaciones de Napoleon, pero lo que está probado suficientemente, es que Rattazi se creia con bastante influencia para inclinar el ánimo del Emperador, precisamente cuando este se burlaba del ministro, deseando tan solo que el Gobierno real suprimiera el partido de accion. Pocos dias antes de verse obligado Rattazi á dejar el poder, recordó al ministro francés sus promesas, pero este se desentendió, alegando que jamás habia dicho ó escrito nada por lo cual se pudiese dedudir que deseaba que Roma estuviese bajo el dominio del rey de Italia, y aña-

dió además que el Emperador estaba resuelto á proteger la ciudad eterna contra todos aquellos que la atacasen. La prensa francesa y la Asamblea, elogiaron al mismo tiempo la política de Napoleon, declarando que Francia era el apoyo natural de la Iglesia y de su jefe. Que Rattazi escitó en cierto modo á Garibaldi para que emprendiese la espedicion, es tan cierto como que él mismo esperó encontrar auxilio en el ministro de Francia, y en confirmacion de esto, podemos decir que durante los grandes debates que tuvieron lugar en el Parlamento italiano en el siguiente mes de Noviembre, el diputado napolitano Massari, discípulo de Ricasoli, declaró públicamente que el ministro y la corte habian sido cómplices, en un principio, en la empresa, y que despues se opusieron á ella, conduciéndose de una manera cruel al cometer semejante traicion. En cuanto al asunto de Sicilia, el pueblo vió que Pallavicini, el constante amigo de Garibaldi, habia sido nombrado prefecto; supo que los hijos de Víctor Manuel se habian paseado públicamente con el ex-dictador, á quien recibieron con el mayor afecto; vió que se desembarcaban armas y que se reunian voluntarios; llegó á su noticia que estos, despues de salir de Ficuzza penetraron en Catania, y dadas todas estas circunstancias, ¿cómo podia creerse que todo aquello era una comedia? Massari ridiculizó las vacilaciones y cambios de opinion del ministerio despues del fatal combate de Aspromonte, demostrando al mismo tiempo que en vez de desprestigiar á Garibaldi como se esperaba, le habian popularizado mas que en 1860. Los ministros negaron, segun era de esperar, que hubiesen prometido á Garibaldi apoyo alguno, ni dado su consentimiento para la empresa, pero el hecho es, que al acusárseles de prestar su cooperacion con algun fin, ya amistoso ú hostil para el general y sus partidarios, no contestaron satisfactoriamente, ni esplicaron tampoco en la Asamblea porqué se habia permitido á Garibaldi hacer sus preparativos de guerra durante varios meses.

La mayor prueba de la doblez y criminalidad del Gobierno, se encuentra en la carta que el diputado Crispi dirigió en aquella ocasion al *Diritto* de Génova. Decia así:

«Muy señor mio: Como la tribuna de la nacion permanece ahora silenciosa, me aprovecho de vuestro diario para denunciar públicamente las maquinaciones de un partido político que se propone gobernar á Italia con la violencia que se acostumbra cuando estamos en estado de sitio. En el mes de Junio, algunas personas desconocidas, que parecian agentes sospechosos, se presentaron á mí haciéndome ofrecimientos para la realizacion de ciertos planes políticos, y proponiéndome cosas que no debe escuchar un hombre honrado. Desde principios de Julio, me ví acosado continuamente en el palacio de Carignano, en la calle, y en mi propia casa por ciertos jóvenes que por su aspecto se asemejaban mucho al famoso Troglia, y los cuales me rogaban que los alistase para servir á las órdenes de Garibaldi. Esos cobardes dejaron de molestarme cuando supieron que en 5 de Agosto me habia dirigido al magistrado Chiapupi á fin de que tratase de descubrir todos aquellos manejos, pero despues de esto se urdió contra mí otra trama no menos indigna que la anterior. El dia 10 del mismo mes, se me presentó un capitan del ejército y me pidió algun dinero, pretestando que deseaba desertar para ir á reunirse con Garibaldi, y el 30, es decir, al dia siguiente de la matanza de Aspromonte, un obrero, que segun me dijo, trabajaba en la imprenta del *Espero*, diario del Gobierno ó moderado, fué á pedirme parecer para organizar una demostracion popular en Turin. Fiel al *plebiscito* de 21 de Octubre de 1860, del cual fuí uno de los autores, mi lealtad y mis deberes me impedian faltar á la ley, y esto lo podian haber comprendido mis enemigos, pues ya saben que serán completamente inútiles todas sus intrigas para inducirme á faltar. Sin embargo, aun vuelven á la carga, y sin ir mas allá, hoy mismo se me ha dado la noticia de que la policía se propone arrestarme por su propia voluntad, infringiendo los artículos 26 y 45 de la Constitucion, que como ciudadano y diputado puedo invocar en uso de mi derecho y de la inviolabilidad de mi persona. Entiendo que M. Rattazi, deseoso de verse libre de mi importuna presencia en la Cámara, querria, tratándose de mi persona, violar las garantías parlamentarias, como lo hizo con mis colegas y amigos, los diputados Mordini y Fabrizi, pero le desafío, á él y á los suyos, á que procedan criminalmente contra mí. En todo caso, permaneceré firme en mi puesto, dispuesto á

combatir por todos los medios legales para dar á conocer al país los hechos y los designios de un Gobierno anti-nacional.

«Con este motivo tengo el gusto de ofrecerme S. S. S.

«F. Crispi,

«Diputado del Parlamento.»

Aun cuando el rey ó los príncipes le hubieran favorecido secretamente, Garibaldi era demasiado leal y fiel servidor de Víctor Manuel para divulgar la noticia, pero con frecuencia se le ha oido decir que se habian burlado de él despues de hacerle traicion, y sus palabras revelan que reconoce por causa las intrigas y manejos del ministerio.

Fueran cuales fuesen las esperanzas de Garibaldi respecto á recibir auxilios de Turin, ó cuando menos de no ser molestado por el Gobierno, el hecho es que organizó sus fuerzas, marchó á Catania, y lanzó su grito de guerra, *Roma ó la muerte!*

El Gobierno, que le habia permitido llegar hasta aquel punto, dispuso que un numeroso cuerpo de tropas al mando del coronel Pallavicini, le interceptára el paso y le desarmase; el partido de Turin pedia en alta voz *que se cogiera* al general *vivo ó muerto*.

El objeto de nuestro héroe era evitar un choque con las tropas reales, y al efecto, condujo sus escasas fuerzas, cuyo número no escedia de 2.000 hombres, por los pasos de Aspromonte, por los cuales cruzó tambien cuando trataba de atacar á Reggio, segun recordará el lector. Pallavicini que sabia cuales eran las costumbres de Garibaldi cuando estaba en campaña, creyó necesario acosarle de cerca con tropas elegidas y en suficiente número para que no pudiera resistir. Garibaldi habia resuelto no empeñar la accion con los soldados de su soberano, pues á no ser así, era hombre de suficientes recursos para derrotar á un número mayor de adversarios, escogiendo al efecto una buena posicion de donde no hubiera sido fácil desalojarle. Poco despues de dar la órden para que descansase su tropa, llegó Pallavicini y atacó resueltamente á los garibaldinos. El ex-Dictador, que estaba durmiendo, se despertó al momento y se dirigió al sitio donde se hallaba su escasa fuerza para mandar que nadie hiciera fuego contra los soldados de su rey, pero en el momento de ponerse al alcance de la voz, le tocaron dos balas, una de las cuales le hirió

ligeramente en la pierna derecha, mientras la segunda le atravesaba el pié. Apesar de sus heridas quiso adelantar hácia los realistas, pero cayó á los pocos pasos, y entonces fué conducido por su estado mayor á un bosque contiguo al lugar del combate. Los 350 voluntarios que rodeaban á su jefe lucharon como héroes apesar del gran número de sus enemigos, é inútil fué que Garibaldi les rogase que depusieran las armas, pues les cegaba la cólera por lo que acababa de suceder, y les indignaba al mismo tiempo la traicion de Pallavicini, que mandó avanzar á sus cazadores encargándoles que gritasen *¡Viva Victor Manuel! ¡Viva Garibaldi!* á fin de poder acercarse mas impunemente. Los voluntarios permanecieron tranquilos, fiándose en tales demostraciones de patriotismo, pero cuando los realistas estuvieron próximos, hicieron una terrible descarga que tendió sin vida á muchos de aquellos valientes. Como era de esperar, los garibaldinos quedaron vencidos, aunque la refriega duró dos horas, y su general fué retirado como prisionero del campo de batalla, y conducido á la choza de un pastor llamado Vicenzo, el cual habia servido de guia á Missori en 1860.

Los últimos rayos del sol iluminaban la cima del Etna cuando terminó la lucha, y á la mañana siguiente, al romper el dia, la triste procesion de prisioneros y vencedores, se encaminó hácia la costa. Al llegar á Lylla, Garibaldi fué embarcado en la fragata real *Duca di Genova*, que se hizo inmediatamente á la vela para Spezzia. El cirujano que habia á bordo, trató de estraer la bala que tenia el general en el pié, pero los dolores eran tan agudos, que cuando se intentó la operacion, se desmayó Garibaldi. Menotti, su hijo estaba tambien herido en el muslo.

He aquí ahora la carta que un oficial, embarcado tambien en la fragata, dirigió al *Diritto*, dando cuenta de lo que habia presenciado aquel dia.

«Cuando Garibaldi fué herido, hallábase al frente de nuestra línea en una pequeña eminencia que formaba una colina situada junto á un bosque, y las balas le tocaron precisamente cuando daba la órden de no hacer fuego. Despues de andar dos ó tres pasos, observamos que se iba á caer del caballo, y corriendo presurosos para sostenerle, le conducimos hasta el lindero del bosque. Difícil seria describir la escena